

Suplemento Dominical fundado
por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

EL DIA

Año XLII. Nº 2166
Montevideo, 23 de
febrero de 1975



NUESTRA AMERICA: **Nahuel Huapi**

Esta hermosa región de la República Argentina se caracteriza por la belleza de su parque, sus lagos y sus cerros, que componen un panorama de serena majestad. (En la foto: Canal Correntoso —cerca de su desagüe en el extremo N. O. del Lago Nahuel Huapi; por el extremo opuesto se comunica con el Lago Correntoso)

Suplemento Dominical de

EL DIA

Fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

Año XLII - Nº 2166. Montevideo, 23/II/1975

Directora: Dora Isella Russell

Dep. Legal 31.227/72

ADVERTENCIA

No se reciben colaboraciones espontáneas
ni se devuelven materiales no solicitados.

DIR.

El parque argentino de Nahuel Huapi



Barrio Obrero Lera. Está situado a la vera del Aº Ñireco y a 1 Km. al sur de San Carlos de Bariloche

Playa de estacionamiento en la base del Cerro Catedral. Flota de ómnibus esperando a los excursionistas que se trasladaron en aerosillas a la cresta del cerro, de 1.960 Mts. s. n. m.



LOS parques nacionales argentinos, 13 en total, se hallan distribuidos en 9 provincias, desde la más septentrional, Salta, hasta la más meridional, Tierra del Fuego. Constituyen amplias zonas del territorio, —expresan las publicaciones oficiales de la Dirección General de Parques Nacionales—, dotadas de típica belleza natural, que el Estado ha reservado con espíritu previsor para destinarlo como sagrario de la flora y fauna autóctonas. En ellas están prohibidas perseguir, cazar, capturar o turbar de cualquier forma, toda especie de animal salvaje. Han sido declarados inalienables a perpetuidad con el fin de legarlas a las generaciones venideras en el mismo estado en que hoy los ofrece a la presente para su solaz y para que, conviniendo en contacto directo con la naturaleza, superen las energías físicas y morales resentidas por la vida diaria, cada día más compleja de las ciudades y extraigan el grado de enseñanza que ellas brindan, constituyendo de esta manera ponderables factores desde el punto de vista social, cultural y científico".

El más extenso y de más exuberante riqueza florística es el Parque Nacional Nahuel Huapi, de 785.000 há; se halla ubicado en el sector septentrional de los Andes Patagónicos, recostado y al oriente del macizo andino, ocupando 45.000 há y 335.000 há respectivamente, en las Provincias de Neuquén y Río Negro. Sobre este parque, dice Juan Mario Raone en su monografía sobre Neuquén: "La Nación Argentina le dio como recompensa al Dr. Francisco P. Moreno, por los innumerables trabajos gratuitos que realizara antes de ser nombrado Perito en la demarcación de límites con Chile, por Ley N° 4192, tres leguas cuadradas de terreno, que Moreno en un memorable 6 de noviembre de 1903, donara a la República para que ésta los conservara a fin de reservar intactas esas maravillosas regiones, para goce de las futuras generaciones. Esas tierras fueron el núcleo primitivo del Parque Nacional Huapi, creado por decreto del general Roca el 1° de febrero de 1904, siendo el origen de los magníficos parques naturales que hoy florecen en nuestra patria".

Las características ambientales que permiten una regularidad funcional del Parque Nacional Nahuel Huapi, radican en la naturaleza de los suelos que marginan sus lagos e islas en ellas contenidas, cubiertas por un notable tapiz vegetal arbóreo y montes arbustivos, muy variados en lo que se refiere a sus especies, forma y tamaño que componen sus bosques cuya densidad, robustez y estado sanitario, decrecen gradualmente de occidente hacia oriente. Varios factores, dependientes del relieve terrestre, latitud, altitud, estructura superficial y del subsuelo, condicionan una climatología muy particular, que influyen en la distribución, cantidad y exuberancia del monte arbóreo y arbustivo, demarcando netamente la zonación boscosa y de estepa patagónica.

La Dirección de Parques Nacionales y el Gobierno Nacional han conjugado sus esfuerzos para convertir los parques nacionales y en especial modo el de Nahuel Huapi, por sus características apropiadas para el fomento turístico, en un emporio económico formidable. Existen jurisdicciones que ostentan notables progresos en los órdenes social, cultural y económico, al lograrse la creación de escuelas, hospitales, bibliotecas, museos, estaciones de radio, aerodromos, construcción de hoteles y hosterías así como agencias turísticas, perfectamente organizadas para posibilitar magníficas excursiones que comprenden circuitos, tanto terrestres como de circunnavegación lacustres, considerados impracticables cuando no primaban tantos progresos ni existía el confort que rige la era presente.

Es interesante destacar que el Parque Nacional Nahuel Huapi tiene una división parcelaria, que de acuerdo con la clasificación del Reglamento Forestal de los Parques y Reservas Nacionales, está establecida de la siguiente manera: Áreas intangibles 324.467 há.; de aprovechamiento o explotación conservativa hectáreas 161.918; recreativas y turísticas 78.377 há. y a las que corresponden agregar 120.518 há. de propiedad particular y la superficie restante corresponde a los lagos contenidos en dicho parque. En la XXXI Semana de Geografía Argentina, desarrollada en octubre de 1969 en San Carlos de Bariloche, por la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos (G.A.E.A.) y auspiciada por el Gobierno Provincial de Río Negro, se vertieron algunos conceptos sobre la función económica que cumple el Parque Nacional Nahuel Huapi, considerando interesante transcribir los que corresponden al Prof. Servando Ramón Manuel Dozo: "Se considera al Parque Nacional, que al constituir un capital gratuito, prácticamente irreproducible, es patrimonio de todas las generaciones. Es un recurso autorrenovable si se le explota conservativamente y si no se

(Continúa en pág. siguiente)



Mausoleo recordatorio a Perito Moreno, situado en la Isla Centinela, ubicada en la parte oriental del Brazo Pto. Blest. Contiene las tumbas de P. Moreno y su esposa. Autoridades de G.A.E.A. rindiendo homenaje al prócer argentino



Cascada Los Cánaros, se halla rodeada de espesa vegetación higrófila; lugar con 3.000 m/ anuales de pluviosidad y nevadas constantes

Esquema gráfico en el que se ha representado la situación del Parque Nacional de Nahuel Huapi, identificado por un rayado de líneas continuas inclinadas. (La cartografía corresponde a la publicación de G.A.E.A., 1969)



El parque argentino de Nahuel Huapi

procede así, se transforma en un recurso agotable. La observación panorámica advierte que el hombre ha comenzado a entrar al saqueo en el paisaje. Está degradando el parque, alterando las genuinas características regionales. Existen factores negativos, de tipo especulativo, que trastornan los índices primigenios, los que hay que conservar como objetivo genuino, aunque con las adaptaciones lógicas imprescindibles.

En conclusión: se alza una voz de alerta y un llamamiento a la cordura y sagacidad estética, pues el poblamiento del parque, o en partes del mismo, con la impronta humana sobre el paisaje, crea una línea de peligro que se debe prever y señalar con valentía.

En la citada Semana Geográfica Argentina, fueron estudiados con extensión y profundidad, los bosques, la instalación humana, poblamiento y la función económica del Parque Nacional Huapi, así como en zonas de especial interés, tales como: glaciología de la cuenca del Río Manso; geomorfología del valle encantado del Río Limay; el Bolsón y el valle longitudinal; el clima de Bariloche y sus alrededores; introducción histórica al estudio de la geografía de la región del Nahuel Huapi; geografía urbana de la ciudad; geografía del turismo aplicada al caso San Carlos de Bariloche; la artesanía y la estructura económica referida a la ciudad.

Fácil es comprender, que ante tan nutrido bagaje de conocimientos brindados generosa y plácidamente por un cuerpo de capacitados profesores que se trasladaron al lugar preferencial de sus especialidades para estudiar, in situ, lo que sería motivo de sus exposiciones ante auditorios competentes en las distintas ramas geográficas que componían el variado y vasto programa de disertaciones y viajes de estudio a las distintas circunscripciones del Parque Nacional Nahuel Huapi, lo provechoso y útil que les ha reportado a los asistentes a la XXXI Semana Geográfica Argentina, a la cual participaron el Sr. Prof. Jorge Chebataroff y el autor de esta nota, delegados oficialmente por la Facultad de Humanidades y el Instituto Nacional de Investigaciones Geográficas de la Universidad de la República, respectivamente.

Los PARQUES NACIONALES del URUGUAY están bajo jurisdicción técnico-administrativa de la División Forestal del Ministerio de Agricultura y Pesca; comprenden siete parcelas distribuidas en los departamentos de Canelones, Flores, Lavalleja y Rocha, constituyendo áreas de conservación y reservación forestal, sobre las que se ejercen severo control protectorista. Por el momento no desempeñan, en el ámbito nacional, una neta función socio-cultural y económica, como se estima sería el desiderátum y sobre el particular, existen planes y gran preocupación en llevarlos a práctica, asunto que indudablemente necesita una campaña de divulgación, por todos los medios de difusión, tendiente a crear un clima favorable por el amor y respeto hacia el árbol.

Es de esperar que se lleven a instancias definitivas, la sustanciación de las causas, que son de interés nacional, lo que está en trámite, respecto a la parte del Parque Lussich (Depto. Maldonado) y la correspondiente a la Quebrada de los Cuervos (Depto. Treinta y Tres) áreas importantísimas por su valor intrínseco geo-botánico, a fin de que pasen definitivamente a la jurisdicción técnico-administrativa de la citada División Forestal del Ministerio de Agricultura y Pesca, con lo que se brindaría segura protección a notables retazos fite-geográficos de nuestro hermoso y querido URUGUAY.

Cnel. (R) Alberto BERGALLI SOLARI
(Especial para EL DIA)

(Fotos del autor)

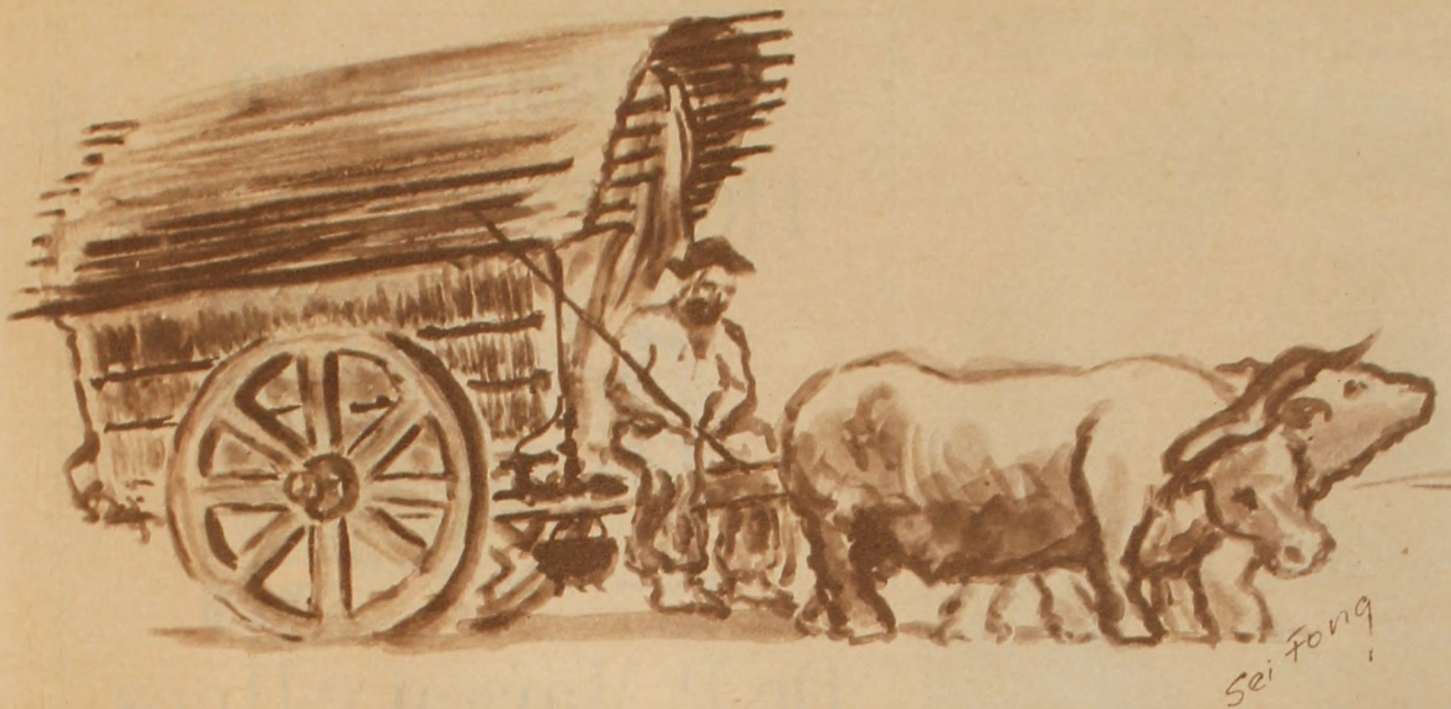


Camino nevado bordeante a la Cascada de Los Cántaros; está mejorado con un basamento de troncos de árboles. Se halla situado en la margen norte del Brazo Puerto Blest



Cerro Millaqueo, situado próximo a las márgenes septentrional del Brazo Pto. Blest y occidental del lago Nahuel Huapi. Perfil que muestra su notable surco de erosión glacial

Ciudad de San Carlos de Bariloche. Una calle, en el centro comercial y concentración hotelera; estaba nevando desde la noche anterior



La “Bienvenida”



UNA vincha luminosa estaba temblando en el horizonte. El despertar cantaba en el llano, en el arroyo, en los yuyos, en el pulso brillante del rocío. Los gallos entonaban su canto mañanero para unir rancho con rancho. Sobre los hombros frescos de la mañana, venía cayendo la carga del día. Afanosa. Con ansias nuevas. Fortalecidas. La carreta la “Bienvenida”, de Celestino Cabrera avanzaba en vaivenes lentos y crujientes, entre el despareamiento del amanecer. La cuarteaba el silbido del peregrino. Ondulante. Lo llevaba la brisa y lo entibiaba el recién encendido togoncito del sol. Celestino Cabrera tenía lo que siempre había ambicionado: una carreta, —en propiedad y con nombre—, un camino por delante y una carrada de paciencia dentro del pecho. Con eso le bastaba para ser carrero. Lo demás se lo daría el tiempo. Las carretas avanzan lentamente, pero avanzan; hacen caminos; alargan distancias; abren huellas; juntan pagos. Y todo era ya posesión del carrero. Era propietario de un andar, sin que nadie lo mandara. Repetía en tiempos y senderos un cantar que ya se había hecho rumbo en su vida y era luz y su dejarse ir en la nostalgia:

*Mi pena sigue tirando
en el cantar de la huella.
Cincho un rumbo y un olvido
bajo el sol o las estrellas
Hacia el palenque de auroras
llevo mi vida en un trino...
arrastrando en la distancia
la coyunda del camino.*

A pesar de sentirse feliz en su andar, de saberse libre, de ser dueño de la extensión abierta a los cuatro rumbos, Celestino Cabrera paseaba en su carreta, de vez en cuando, a una pasajera que lo hacía suspirar o volverse payador de caminos: la nostalgia. Cuando se enfrentaba con algún montecito o alguna cañada, cantaba. Su canto se posaba como ave cansada sobre el silencio y quedaba allí, temblando hasta apagarse. Se fue identificando con todo lo que se le ofertaba al paso y lo hacía suyo: el arroyo, un monte, una bandada de patos, una picada. Era el señor de las comarcas. Lento. Sin prisa. Con la seguridad que le daba la libertad de andar, de saber andar, de saborear el andar.

Tuvo un querer. Fue en la plenitud de luz de las conquistas. Y hasta estuvo por aquerenciarse. Un rancho casi le maneja la carreta, pero la “Bienvenida” prosiguió su viaje. De esa llama quedó apenas un ruedo de cenizas. No se arrimó al rescoldo. Y la ceniza se fue volando. Picaneó con rabia los buyes y partió hacia donde marchan todos los caminos. Ya la carreta pesaba algo más: el desengaño pesa y tira hacia atrás. Pero las yuntas eran buenas y la picana con muy buena punta afilada.

Era una mañana clara. Cambiante en colores y reflejos. Alborozada en gorjeos, gritos, cantos, balidos, temblor en el aire. La carreta iba llegando al Paso de la Cruz, rojo de ceibos y nervioso de espinillos. Sombra en curvas perfumadas; murmullos de hojas y susurrar de agua; sereno en los verdes y recto en los álamos. Lloroso en los sauces. Allí lo esperaba desde la madrugada Salustia Silva. Sabía que el carrero, al despuntar el día tendría que andar por ese pago. Salustia Silva. Una mujer que iba allí, al encuentro de Celestino Cabrera después de años y de olvidos. Encorvada. Triste. Herida por el tormento del miedo. Ropa ajada tendida en un amanecer floreciente. Pájaro moribundo. A medida que la carreta más se acercaba, ella más se hundía en la vergüenza y en el tiempo. Era un tronco, más que árbol. Cáscara. No tenía alas, de lo contrario habría volado. Podría haberse entregado al arroyo, pero estaba atada a la esperanza y una gurisita que forcejeaba en los brazos. Los ceibos se habían empezado a desangrar al sol. Un sarandí movía su cabeza en la corriente; el arroyo cuchicheaba con los camalotes; las viuditas le llevaban cartas al espinillo. La severidad de los coronillas era cada vez más gris. Pasó una bandada de terutereros gritando...

Salustia Silva aguardaba el encuentro. El cenorro de la gurisa la volvía en sí. La agitaba en balanceos chistados. Y la muchachita apagaba su voz.

La carreta fue llegando y borrándose fueron el silbido, el crujir y el andar. Salustia fingió un coqueteo. Quiso aparentar. No pudo. Apretó la hija entre sus brazos y se enfrentó a Celestino Cabrera. El monte parecía escuchar. Guardó silencio. El arroyo contra una piedra hacía gárgaras. El asombro comenzó a pasearse

entre las sombras verdes y frescas. Duda. Silencio. Tiempo...

—Conque... ¿a vos? No carculaba...

—Perdoname, Celestino... Lo que hice fue una bobera...

—Yo no te digo nada... Es una lástima que te acordés tarde.

—¿Te acordás cuando le pusiste por mí la “Bienvenida” y cómo festejamos los óleos? ¿Te acordás, Celestino? Por más desmemoriaio, tenés que acordarte...

Un silencio salió a la disparada a parar rodeo de tiempo y de recuerdos. Celestino pialó uno y se quedó con él. Recuerda el enfrentamiento, la prosa, el rancho, la entrega, los “óleos”; y entreverándose con ese pensamiento de lejanía, se le apareció el fantasma del desengaño que lo golpeó y le pegó semejante porrazo.

La mujer aguardaba una palabra. Celestino estaba lejos. De pronto la miró. Se lastimó en ese tronco encorvado. Hundió su mirada en la cachorra. No preguntó nada. Temió lastimarse más. Armó un cigarro. Echó humo y detrás de la bocanada, un suspiro. La mañana se había ido profundizando en distancias. Los pájaros picoteaban el silencio. El sarandí seguía sacudiendo la cabeza en la corriente.

—¿En qué pensás, Celestino?

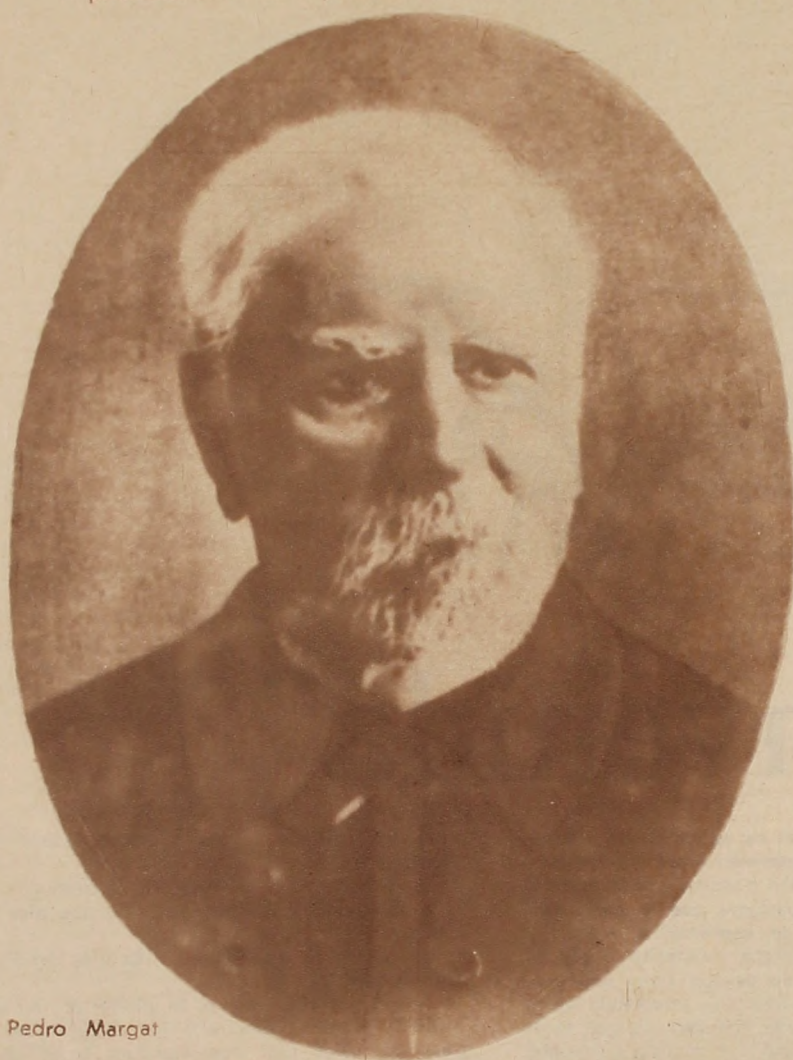
—No hablé!!! Subí...; echate arriba de esos cueros y repará que el sol no le dea a la niña. En el rancho arreglaremos nuestras cosas...

Angel María LUNA

(Especial para EL DIA)

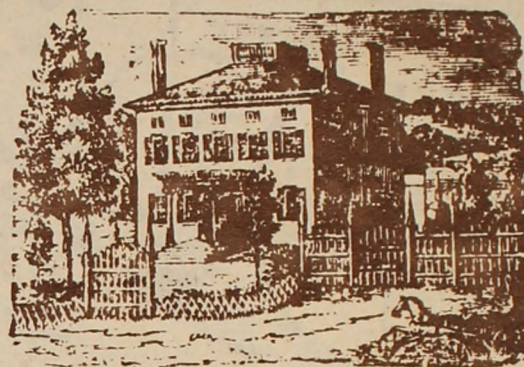


Aviso del establecimiento de P. Margat y Hnos.,
publicado el 25 de mayo de 1873 en un diario montevideano



Pedro Margat

ESTABLECIMIENTO DE HORTICULTURA



De P. Margat y Hnos.

En este establecimiento se encuentra una gran colección de todas clases de plantas, como ser:

Camelias, Azaleas, Rhododendros, Magnolias, Jazmines de todas clases, Araucarias escelsa, y otras seis clases mas de mérito, Damaras australis y otras clases raras, Eucaliptus globulus, Acacias molissimas, y Melanoxylon, asi como un gran surtido de plantas y arbustos, para jardines, patios ó invernáculos, á precios muy reducidos.

El catálogo de las plantas y árboles que tiene el establecimiento para vender en el invierno de 1873, está á la disposición de las personas que desean saber los precios de los diferentes artículos que posee dicho establecimiento. m. 18-2m.dom.

Pedro Margat

el primero que aplicó conocimientos científicos a la
arboricultura y floricultura nacionales

Las flores han sido fuentes de inspiración de poetas y artistas de todos los tiempos. Algunos de nuestros pintores como Carlos María Herrera, Carlos Federico Sáez, Blanes Viale, Ernesto Laroche, Alfredo de Simone, Alberto Dura, han rendido homenaje al espíritu eterno de las flores. Quizás alcancen su más feliz expresión pictórica en ese ramo de rosas que luce en el busto el "Retrato de Carlota Ferreira", por Juan Manuel Blanes.

Hoy, en los maravillosos jardines de las mansiones del Prado, de Carrasco, de Punta del Este o de Salto, constituyen remansos de gracia, auténticos signos de distinción y de riqueza estética.

EN LA COLONIA DEL SACRAMENTO

El naturalista Tadeo Haenke cuando visita en 1789 Colonia del Sacramento, entonces en ruinas, nos revela la existencia de huertas y jardines que los lusitanos conservaban en la isla de San Gabriel hasta la entrada triunfal del virrey Pedro de Cevallos, en 1777.

"Aquí tenían los portugueses sus casas de placer —dice el naturalista de Kreibitz— y poseen huertas con varias especies de frutales y flores, que recrean la vista y el olfato. Mas ya sus frutos se volvieron silvestres y las plantas europeas que allí se plantaron se confunden con las espontáneas que como propias se producen con más abundancia. Los sud-cactus, muchas plantas espinosas, matas y arbustos de muchas especies, confunden a los granadillos, duraznos, nogales, almendros, rosales, alélies, manutisas y otras plantas que adornan los jardines."

EN MONTEVIDEO, DESPUES DE LA INVASION INGLESA

El memorioso Isidoro De María nos cuenta, a su vez, que allá por 1808 quienes tenían mayor variedad de flores en Montevideo eran la quinta que fuera de Maciel, del Paso del Molino, y el jardín del patio del Fuerte, cuyo cultivo había sido ordenado por el gobernador Francisco Javier de Elío. Agrega De María que las de este último fueron destruidas por los soldados de Soler y de Otorgués, "diciendo que si flores querían de los godos."

En el primer cuarto del siglo XIX también producían abundantes jazmines las quintas de Maturana, Juanicó, Noble y Castel, entre otras. Y por cierto, perfumaban el ambiente del Miguelete los naranjales floridos que señoreaban las quintas de Zabala, Juanicó, del ya citado Maciel, de Durán, Chopitea y varios otros.

"Aquello era una delicia —subraya el autor de «Montevideo antiguo»— que poco a poco fue despertando la afición a las flores, cuyo catálogo aumentaron sucesivamente, el pensamiento, la violeta, la amapola, el junquillo, la rosa de varias clases, la clavecina disciplinada, la multiflor, la palma imperial, el tulipán, el copete, la mosqueta, la diamela y qué sé yo cuántas otras..."

EN TIEMPOS DEL SITIO GRANDE

Durante el llamado Sitio Grande (1843-1851) sólo había dos jardines en Montevideo: el de las Albahacas y el de Pitaluga.

Según lo documenta Antonio N. Pereira en dos de sus obras, el Jardín de las Albahacas se encontraba en las inmediaciones de las calles Ejido, Cerro Largo y Miguelete y se le conocía por ese nombre, por la extraordinaria cantidad de albahacas que tenía.

Allí concurrían los montevideanos los domingos y días de fiesta, en procura de solaz y de diversión. Unos comían polenta con pajarito, que era el plato de mayor fama que se servía allí; otros jugaban a las bochas o al sapo y había quienes, cuando había fuertes tiroteos continuaban "impertérritos en sus paseos".

El Jardín de Pitaluga era también otro lugar concurrido los domingos y días de fiesta, especialmente después de misa. Fue el que proveyó de flores a la sociedad montevideana de la época en oportunidad de fiestas, cumpleaños, casamientos y bautismos. Como lo advierte Antonio N. Pereira, por aquellos tiempos no era costumbre "mandar ramos y coronas a los finados".

Posteriormente se conocieron en el país tres establecimientos principales de horticultura y arboricultura: el de Pedro Margat e hijos, fundado en 1841, el de Bernardo Pereira e hijos, iniciado en 1855 y el de Domingo Basso, establecido en el Paso del Molino en 1863, por su padre Juan B. Basso.

Luego se generalizó el cultivo de árboles y plantas como medio de comercio, pero ellos, especialmente Margat, fueron los que poblaron la mayor parte de las quintas y jardines de los alrededores de Montevideo.

En 1885, la revista Asociación Rural del Uruguay refería que no bajaban de 200.000 los árboles

frutales y forestales que se vendían anualmente para ser trasplantados de los almácigos a las quintas, chacras y estancias del país.

PEDRO MARGAT: UN NATURALISTA DISTINGUIDO

Pedro Margat nació en Versalles, en julio de 1807. Contando 31 años de edad llegó al Uruguay, en febrero de 1838, con el propósito de observar con detenimiento las posibilidades del país, para luego seguir rumbo a Chile y al Perú.

Era ya un naturalista distinguido, con muy buena reputación científica en Francia.

Venía a cazar animales, mariposas y plantas, como le decía, recomendándolo, el ministro de Relaciones Exteriores de Francia al cónsul de dicho país en Montevideo, Aimé Roger. Instalado en el Uruguay lo recorrió en todas direcciones en excursiones científicas, haciendo colecciones de aves y plantas que posteriormente envió al Museo de Historia Natural de París.

Un aviso publicado en "El Constitucional" nos informa que en 1838 ya había vendido una colección de dalias dobles al Sr. Himonet y que a mediados de 1839, establecido en el Cordón en la quinta de Ramón Lamalle, había recibido de Francia una numerosa colección de camelias, magnolias, Daphne de India, peonía arbórea y herbácea, lilas, real colorado y blanco, cumonia, pittosporum, crategus, syringa, hibiscus doble blanco, jazmín del cabo, además de más de veinte especies de rosales, claveles de Flandes, cebollas de Flores, anemones y reanunculus, como asimismo "semillas floreras" y una hermosa colección de dalias dobles.

En 1841 inició su establecimiento de horticultura y arboricultura en el Reducto, en Camino Burgues al 120, frente a la calle que hoy lleva su nombre. Sitiado Montevideo durante la Guerra Grande, quedó completamente incomunicado casi nueve años con la capital uruguaya, viéndose obligado a embarcar sus productos por el puerto de Buceo para llevarlos a Buenos Aires.

Casado aquí con una uruguaya tuvo cuatro hijos, dos de los cuales, Pedro y Alfredo, una vez terminados sus estudios de horticultura en Europa, se hicieron cargo del establecimiento en el año 1870.

LA INTRODUCCION DEL EUCALIPTUS GLOBULUS EN EL URUGUAY

En 1865, Pedro Margat, en un artículo publicado en el diario "El Siglo", relataba así la introducción del eucalipto en nuestro país:

"Estos árboles que están perfectamente aclimatados en estos países, se cultivaban desde treinta años atrás en el Cabo de Buena Esperanza, de donde un señor inglés (cuyo apellido no recordamos) trajo en el año 1852 un poco de semilla que remitió al Sr. Tomkinson, cuyo señor nos la confió para sembrarlas, con la condición que si nacían habría la mitad de las plantas para cada uno. Habiendo nacido con buen resultado, se verificó lo convenido entre ambos; así es, que los primeros que se vieron en el país, fueron en la quinta del Sr. Tomkinson y en la nuestra.

Al año siguiente se vendieron por nosotros unos cuantos a los Sres. D. Francisco Gomez y Buschental, pero la persona que dió al principio más extensión al cultivo del Eucaliptus fue el Sr. Lasseaux. No tardamos en hacer otro tanto, imitándonos varias otras personas."

Casi una década después, el propio Tomkinson agregaba públicamente más detalles.

Conversando con Jorge Hodgskin, este señor —que como se recordará fue uno de los integrantes de la sociedad fundadora de Fray Bentos—, se ofreció a conseguirle una colección de semillas de plantas del Jardín Botánico del Cabo de Buena Esperanza. Cuando llegaron, ambos, para aumentar las probabilidades de su resultado —ya que Tomkinson dudaba del resultado de una sementera confiada a las manos de su capataz—, resolvieron dar algunas semillas a Pedro Margat y a Luis Faucon, quien las sembró en la quinta de Gabriel A. Pereira.

En las tres quintas se obtuvo planta, dice Tomkinson, recordando. "Era en el año 1853; pero habiendo tenido necesidad de ir a Inglaterra en el año 1854, encontré a mi vuelta que, con excepción de muy pocas plantas que había trasplantado antes de irme, mi capataz había vendido la colección de plantas de Australia al jardinero del señor Buschental [Lasseaux]."

EL JARDIN MAS RENOMBRADO EN EL RIO DE LA PLATA

Describiendo en 1879 los invernáculos del jardín de Pedro Margat, refería el Dr. Renato Sacc que había en él 230 variedades de camelias y muchos miles de pies "que constituirían una verdadera fortuna si se les pudiera transportar a Europa."

Entre los árboles de adorno, los más numerosos eran los eucaliptos, de los cuales tenía una colección de 48 especies y muchos miles de ejemplares, siendo el más hermoso el de flores rosadas.

Las acacias de la Nueva Holanda eran también muy numerosas; la colección de coníferas la integraban 120 especies. Abundaban las magnolias, las plantas trepadoras, los helechos, las begonias de hojas.

El árbol más hermoso del jardín era el Virgilia capensis, una especie de acacia que estaba cubierta durante todo el año de hermosas flores de un color muy vivo.

Había también, entre los árboles frutales, numerosos naranjos y un duraznero obtenido de semilla al cual se le había dado el nombre de "Duraznero Margat".

EXPRESIVO RECONOCIMIENTO AL CULTIVADOR CIENTIFICO

Pedro Margat murió el 16 de junio de 1890 a los 83 años de edad, en su quinta del entonces llamado Camino de Burgues, "a la sombra de las primeras araucarias que vinieron al país".

Al día siguiente, con esta sentida y emocionada evocación lo despedía el diario "La Razón":

"Margat era un cultivador científico, formado en las escuelas francesas, aleccionado en la teoría y la práctica de la reproducción y formación de plantas. El renombre que Montevideo ha tenido siempre por la hermosura de sus quintas y jardines lo debe a don Pedro Margat, quien durante largos años fué unico proveedor de plantas finas, y fué su gusto el que presidió en el trazado de los parques de Gomez, de Esteves, de Castro, de Farini, de Berro, de Raffo, de Piñeyría y tantos otros que hermosean los alrededores de la ciudad.

"El fue el introductor de las primeras plantas finas florales y frutales que aquí se cultivaron, y con sus inteligentes cuidados ha enriquecido las colecciones con ejemplares nuevos, desconocidos en Europa,

donde su nombre ha quedado incorporado a la lista de los más afamados horticultores.

"Pero su especialidad, a la que dedicó sus mejores años y sus mas asiduos e inteligentes cuidados, fué el cultivo de la camelia, en el que alcanzó una indiscutible superioridad. Introdutor de los mejores ejemplares primeramente, reproductor despues por injerto y semilla, consiguió formar una colección variadísima que hoy mismo no tiene igual, á pesar de lo que se ha generalizado el comercio de plantas con Europa. Los suyos fueron también los primeros invernáculos que se establecieron aquí, en los que ha cultivado infinitas variedades de helechos, desde las gigantescas cyataeas australianas hasta los delicadísimos culantrillos, begonias y caladiums de caprichosas formas y veteados; primulas, calcelarias, gloxinias cinerarias, todas esas flores aterciopeladas que viven solo al calor de las estufas, bajo el cuidado cariñoso del cultivador apasionado, como era el viejo Don Pedro, entregado toda su vida á la atención de toda aquella inmensa familia vegetal de que se había rodeado."

Hoy honran su memoria, además de una calle de la ciudad de Montevideo, una estación ferroviaria del Departamento de Canelones y su colindante caserío.

Sus hijos le sobrevivieron pocos años en la dirección del establecimiento: Pedro Margat, falleció en febrero de 1895; Alfredo J. Margat, que fuera miembro de la junta directiva de la Asociación Rural del Uruguay por más de una década, en octubre de 1898.

Rindiéndoles homenaje así los evocó Lucio Rodríguez Díez, ese mismo año, con estas palabras para el bronce: "Siempre dispuestos á favorecer los progresos del Uruguay, los Margat no consultaban el interés propio cuando se trataba del de la patria: su ciencia, su práctica, su capital y sus personas, estuvieron sin límites dedicados al servicio del país".

Aníbal BARRIOS PINTOS

(Especial para EL DIA)



La flor de mburucuyá, también conocida como "pasionaria", magníficamente fotografiada por el arquitecto Luis De Lizarza, muestra su delicada y drástica estructura de flor simbólica

CREO que cuando uno ha recorrido el itinerario de la Costa del Sol, que se abre como un abanico mágico con sus carreteras, verdaderos rayos luminosos hacia Amalfi, Positano, Ravello —joyas de belleza engarzadas sobre la roca entre mar y cielo— es necesario detenerse en la dorada bahía de Salerno, ciudad que dio su nombre a la famosa escuela de medicina de la Edad Media.

Desde la altura, la belleza de Salerno nos deslumbra. Es una herradura perfecta, festoneada por un mar azul cobalto, con las casas que bajan suavemente la pendiente hasta llegar al Lungomare. Las calles se adaptan al terreno abrupto como drapeadas por mano hábil en una inmensa tela recamada. Colores vivos, claridad tan diáfana que los contornos se destacan y señalan una arquitectura variada, entre la que cabe señalar la magnífica catedral románica del siglo XI.

Salerno es una ciudad activa y siempre en movimiento. En cada rincón de su intrincado relieve se respira una vida intensa y continua, pujante en desplazamientos de verdadero colmenar, con su población alegre y bronceada por un sol constante que baña la ciudad y el mar en un bellissimo chisporroteo de oro y plata. En mi deambular curioso, me atraen los variadísimos negocios que costean el Lungomare. Hay allí plazoletas y bancos donde no sólo los turistas se entregan al "dolce far niente" en las pesadas horas de la siesta. Yo imito esa sabia costumbre luego de haber saboreado algunas de las especialidades gastronómicas locales, entre ellas los frutos de mar sabrosísimos y el vino Giovi de las colinas adyacentes, su queso de Battipaglia, su delicada "mozzarella in carrozza". Miro el mar que parece evaporarse bajo el sol y pienso en los maravillosos itinerarios que parten desde Salerno. Yo he elegido el mío, largamente soñado en mis frecuentes viajes por la península. Aguado con impaciencia la hora de mi partida, porque mi meta esta vez es una incursión mágica hacia el pasado, en la majestuosa inmensidad de Paestum.

El coche viaja hacia el este por una zona montañosa que cede a una suave ondulación, para luego aplanarse en el curso del río Sele, con su valle fértil y toda la gloria de la Magna Grecia en una zona arqueológica de ciclópeas dimensiones. Pienso con bastante emoción que quizá me lleva hacia ella la misma curiosidad que impulsó a Jasón según la leyenda local. Curiosidad y deseo de un paraje silencioso y reparado donde luego se levantaría la antigua Poseidonia. Si... la tradición asegura que allí Jasón construyó un santuario en honor de Hera, ya que según Homero, esa diosa fue siempre favorable a las hazañas de los argonautas y en esa tierra de arraigo griego, como en Sicilia, es difícil separar de la expresión vernácula, la historia de la leyenda.

Al detenerme por vez primera ante tanta maravilla, compruebo que la realidad es tan portentosa como la fábula, ya que refiriéndose a ese aspecto, los arqueólogos aseguran que en las épocas paleolítica, eneolítica y neolítica, ya existían en ese emplazamiento las construcciones de una colonia que prosperó hasta llegar a la Edad de Hierro y luego bajo la influencia griega se convirtió en centro de capital importancia. Sobre la fundación de la antigua ciudad existen varias versiones; pero los escritores griegos nos recuerdan que los sibaritas construyeron una plaza fuerte a la que luego llamaron Poseidonia. Se habla asimismo de una minoría dórica de Sibaris que, obligada a abandonar esa última ciudad debido a la hostilidad de los aqueos, se concentró sobre el Tirreno y así acrecentó el poderío de Poseidonia. Lo que sí es cierto es que, por razones de comercio e intercambio entre las diversas ciudades sibaritas desde el mar Tirreno hasta el Jónico, la llanura de lo que es ahora la provincia de Salerno se convirtió en una especie de eje activo que fue dejando como saldo el poder y la grandeza de la que luego se llamaría Paestum, ya que creció desproporcionadamente en comparación con las aldeas que la rodeaban. Poseidonia es, pues, una riquísima ciudad y tiene su apogeo entre los años 560 y 440 anteriores a nuestra era. Y, como a menudo suele suceder, que la desgracia de unos sea la fortuna de otros, el saqueo y la destrucción de Sibaris por Crotona hace que no sólo la influencia, sino los bienes materiales y el ingenio que había forjado el bienestar de aquella ciudad, se vuelquen a la floreciente Poseidonia y dejen en ella muestras de su arte y de su riqueza. Aunque las fuentes literarias de la antigüedad no nos hablen de ello, es

ciencia bastante valadera que el templete subterráneo de Paestum haya sido erigido en conmemoración de la llegada de los sibaritas, o que haya sido el "heroon" dedicado al fundador de Sibaris.

Creo que para comprender el arte y las características de esta ciudad, es imprescindible volvernos aunque sólo someramente a sus mutaciones históricas. Debemos asimismo destacar que esa historia ha sido, ante todo, pacifista. Las invasiones se han sucedido por infiltración, no por acciones bélicas. Ello se debe a dos factores: el carácter netamente civil de la población y su especial posición geográfica, que le permite convertirse en el granero de las regiones circundantes. Paestum es, por consiguiente, una ciudad burguesa y próspera. Comercia con los grandes centros del Jónico y del Tirreno y abastece a Etruria y a Roma. Su esplendor crece al ritmo de su opulencia. Durante esta verdadera edad de oro se construyen los monumentos que ahora nos ocupan tan especialmente: la Basílica, alrededor del 550 A. C.; el Templo de Ceres en el 500 de la misma era y el Templo de Neptuno con un sinnúmero de edificios menores, durante el año 450 antes de Jesucristo. Todo ello acompañado por una gran actividad escultórica y pictórica, esta última la más antigua que haya llegado intacta a nuestras manos.

A este período sigue la Paestum lucana, ya que ese pueblo, con un lento desplazamiento de hormigas, ha invadido pacíficamente a la ciudad griega que pierde su nombre de Poseidonia para volver al de su origen lucano. No hay guerra ni hostilidad, pero la masa étnica lucana ha superado a la de raíz griega que durante siglos la había acogido para el comercio menor y las tareas rurales. Estamos en el siglo IV anterior a nuestra era y la prosperidad de Paestum no sufre crisis alguna. Tampoco hay efervescencia política ni problemas sociales. Los tesoros artísticos de la época reafirman el hecho con la serena belleza y elegancia de su estilo. Los campos en torno del río Sele son fértiles, generosos, y la influencia lucana se hace sentir en el mundo griego. Muy importante es hacer resaltar la coherencia del pueblo invasor o predominante, ya que no destruye la cultura griega y su perenne belleza, sino que se deja inspirar por ella, como lo demuestran las pinturas y cerámicas de esa época.

Una dura prueba se aproxima para los habitantes de Paestum. Mientras Alejandro Magno conquista a numerosos pueblos, su tío, Alejandro el Moloso, rey de Epido, decide convertirse en el émulo de su brillante sobrino y comienza una guerra contra los pueblos itálicos. Llega a Paestum y vence a los lucanos en el año 322 A. C., pero su triunfo es efímero, ya que pierde la vida a orillas del río Aqueronte y la ciudad vuelve a vivir bajo el gobierno lucano. Fero la suerte está echada. La codicia griega ha despertado el apetito de Roma, que empieza una sistemática expansión hacia la Magna Grecia. Llega, vence y bautiza nuevamente a Poseidonia/Paistom con el nombre latino de Paestum, que ha perdurado hasta ahora. Se inicia así otra etapa para los habitantes que, con su habitual cordura, se adaptan a las nuevas condiciones de los vencedores. De esta actitud Roma sale fortalecida, ya que recibirá una gran ayuda para sobrellevar las guerras púnicas. Con su contribución a la causa de Roma, Paestum le permite organizar una resistencia efectiva en el Tirreno y le proporciona además ingentes abastecimientos de trigo para los sitiados en Tarento. Las últimas monedas acuñadas en Paestum con el permiso de Roma hasta el advenimiento de Tiberio se conservan aún. Leemos en ellas la inscripción: "P.S.S.C." (PAESTI signatum senatus consulto).

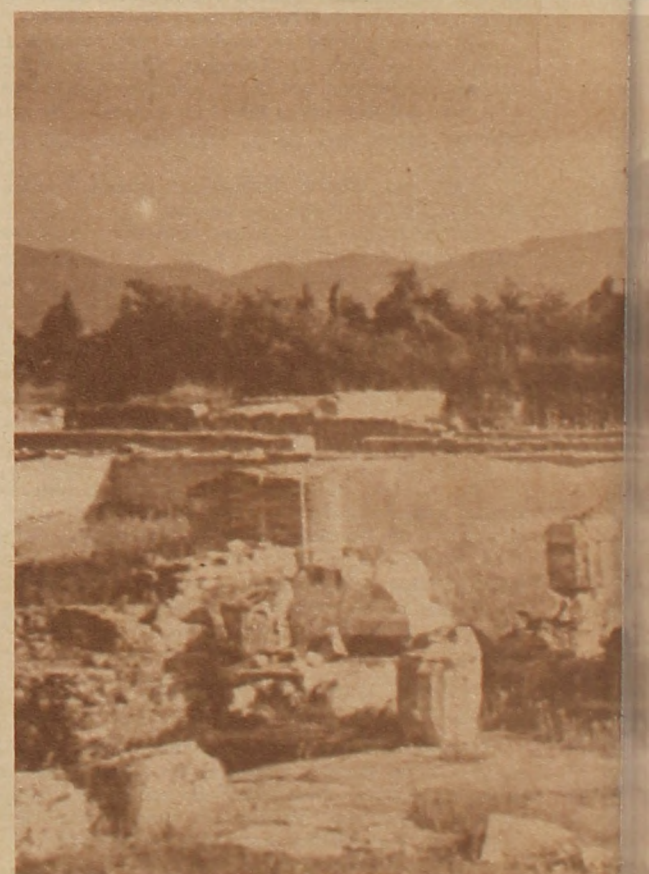
Alrededor del siglo I de nuestra era, la ciudad muere lentamente. Es notable que desde ese momento se habla de inundaciones por vez primera. Ello se debe, sin duda, a la desaparición de los pinos lucanos que los romanos destruyeron para la construcción de sus naves y que cambió así el terreno permitiendo el desbordamiento de los ríos Sele y Salso. Las excavaciones realizadas nos permiten apreciar los nuevos niveles de las calles a medida que las aguas se estancan en la llanura, así como la mayor altura de los umbrales y la canalización de los pantanos. El limo fue invadiendo las ruinas y formó una incrustación calcárea a la que se llamó "roca medieval". Paestum cae en el olvido, hasta que en el año 1600 se recuerda que allí existen los muros, los teatros y las puertas de la antigua ciudad.

Magdalen LIDDLE

Bs. As. 1975

(Especial para EL DIA)

Ante la r



Realeza de Paestum (I)



Paestum
(Salerno)
Zona arqueológica



Paestum:
el "compitum"

(Fotos del
Ente de Turismo
italiano)

Personajes de mi pueblo: Don Manuel González Rama

Don Manuel González Rama y su esposa, Doña Julia Arioni. (Foto del año 1938)



NO fue por gusto propio que Manuel González Rama emigró de España, en plena mocedad. No fue el delirio de la aventura novelesca; ni la codicia fascinante del oro; ni el afán impaciente de conquistas, lo que le decidió a cruzar el océano.

Amaba demasiado el cielo, la transparencia y el mar de su galleguísima Coruña, para mercar su cambio por otros cielos, otro paisaje y otros mares, de lejanas latitudes desconocidas.

Con igual ternura amaba los encantos de su pequeña aldea —la aldea Da Silva— fresca, luminosa, fragante, cercana a la ciudad coruñesa y cuyos "airiños" no se respiran en ninguna otra parte del mundo.

Airiños, airiños, aires.
Airiños d'a miña terra.
Airiños, airiños, aires;
Airiños, levaim'a ela.

Tantas y tantas veces habría de recordar, a lo largo del tiempo, los inmortales versos de Rosalía —como un eco de gaitas lejanas— cuando a sus soledades en suelo extraño llegaba la "morriña", en sandalia de seda, a hacerle compañía...

Un padre agricultor, de recia estampa y rígidos principios, pero sensible y humano, como el que más —Don Valentín González— dirigía en tierras propias los trabajos de labranza, sin descuidar en ningún instante la atención a sus caballos de raza, que constituían su "hobby" y en los cuales se miraba como en un espejo. Junto a él, compartiendo fatigas y responsabilidades en la administración doméstica y en la formación de los hijos, la lámpara del hogar —Doña Antonia Rama— ejemplo rector de austeridad y sencillez.

En ese ambiente de paz solariega, nació Manuel González Rama, el 19 de febrero de 1879. En esa escuela pujante, de trabajo y dignidad, educó el brazo, la mente y el corazón. A imagen de sus mayores. A imagen del espíritu de la aldea. A imagen de lo mejor de Galicia.

Era ya mocetón cuando —para vestir el uniforme de soldado— tuvo que abandonar la casa. El servicio militar obligatorio le convocó a filas. Y cumplió, con disciplina y honor, el mandato de la patria.

Pudo, al final de la etapa, respirar hondo, como quien recobra las alas. Y volver a la aldea. Pero no licenciado, sino "a la orden". Con la perspectiva, nada tranquilizadora, de marchar el día menos pensado a tierras africanas o filipinas a empuñar las armas.

Concibió entonces la idea de embarcarse. No por cobardía; eso nunca, sino porque —intransigente, como era, con la violencia— le horrorizaba sentirse protagonista de la muerte de un semejante. Y se vino para América. En secreto. Sin decir nada a nadie, salvo a uno de sus hermanos. Sin despedidas. Sin lágrimas. (Con las suyas bastaban). Trayendo en el fondo de la retina la imagen sonriente de su madre...

Adiós, ríos; adiós fontes.
Adiós, regatos pequenos.
Adiós, vista de meus ollos;
non sei cando nos veremos.

Desde Brasil, donde desembarcó para probar suerte, envió la primera carta a la aldea. Al poco tiempo la correspondencia llevaba sello. Escribía de Buenos Aires. Finalmente, fueron estampillas del Uruguay los mensajes.

Nos imaginamos a Doña Antonia, con el sobre del hijo, a las golondrinas:

Andarín paí...
que chegra voí...
levai'lun...
q'está lá en Montevideo.

Aquí puso el pie y echó raíz, Manuel González Rama. Aquí se diplomó en la Escuela de Enfermeros del Uruguay, para trabajar en una tarea acorde con su vocación humanista.

Y los enfermos del Hospital Maciel, de la Mutualista Fraternidad, del Hospital Español y del Hospital Británico, supieron quién era este hombre de alma transparente, qué puntos calzaba, cuáles eran el volumen de su corazón y la talla de su inteligencia. Supieron de su bondad, de su desinterés, de la preocupación por aliviar sus males y alentar sus esperanzas de recuperación.

Parte de la técnica de su oficio era la palabra, que consuela; la sonrisa, que alivia. Y, sobre todo, el caudal inagotable de paciencia que se necesita para convivir momento a momento con el drama del dolor humano y conservar incólume el estilo de los buenos modales que, es, en tales circunstancias, una de las más elevadas formas de la caridad.

Y un día, cuando contrajo enlace con Doña Julia Arioni —dignísima compañera y alma gemela de la suya— Manuel dejó de ser Manuel para ser, desde entonces, Don Manuel.

Y el pueblo Peñarol —que al abandonar su profesión el "doctor inglés", el anciano Dr. Edye, había quedado sin médico residente— tuvo la suerte y el privilegio de que Don Manuel, el "Practicante", como básicamente se le llamaba, ingresara a prestar servicios en el Centro Asistencial de los talleres del Ferrocarril Central, dirigido en aquella época —1911— por el Doctor Camilo Payssé; y, posteriormente, al poco tiempo, por el inolvidable Dr. Mario Gusmán.

Se ganó mucho Don Manuel en conquistar la plaza y en rodearse de amigos. Su sonrisa fue la clave de oro que le abrió los corazones del vecindario. Al poco tiempo de su llegada, todo Peñarol era suyo. De Norte a Sur y de Este a Oeste.

Conocía al dedillo las ciencias y virtudes de su oficio. Y las prodigaba sin límites. Era un manoabierto, un desprendido, un espléndido.

¡Y qué ojo clínico para intuir situaciones de gravedad! ¡Y qué tino para aconsejar juiciosas medidas de urgencia!

En realidad, para calibrar la trascendente dimensión de su obra social, es preciso retrotraerse al Peñarol de hace cincuenta o sesenta años, sin calles pavimentadas, sin luz, sin aguas corrientes, sin medios prácticos de locomoción, sin médico residente, hasta que se afincó el Dr. Gustá. Y sin los recursos de la ciencia moderna.

Don Manuel tenía horario fijo en el "consultorio" de los talleres. Para colaborar con el médico durante la consulta. Y luego para atender, en lo pertinente, a los ferroviarios enfermos o accidentados. Pero fuera de ese régimen, no había reloj. A cualquier hora estaba al servicio del prójimo en desgracia. Con sol o con lluvia, a tropezones en la oscuridad o con el barro al tobillo; en día hábil o feriado. Lo mismo se trataba de un hogar acomodado que de una familia humilde. No le ponía etiqueta a la presencia del dolor ajeno.

¡Qué bien se hubiera entendido con "Pandurino"!

Mano de seda para la aguja de inyectar o la aguja de la sutura o el bisturí de la pequeña cirugía. Mano firme para la pinza de uso dental. Mano firme también para extraer un cuerpo extraño de la vista. Mano cordial siempre, junto a la cama del enfermo, alcanzándole un mensaje de optimismo y de fe.

¿Qué casa, de las viejas casas de Peñarol, no conoció el eco de sus pasos, la suavidad de su voz, el amparo de su amistad solidaria?

¿Qué vecino, de los viejos vecinos de Peñarol, no acudió alguna vez a golpear el aldabón de la calle Estrella del Sur N° 32, requiriendo nerviosamente los servicios del benemérito Don Manuel?

Treinta fecundos años de labor asistencial, sin una sombra, sin un desmayo, sin una claudicación, dan un perfil, una semblanza, una estatura de espíritu.

Así fue de unánime y cálido y fervoroso el homenaje que se le tributó en el Centro Artesano, el 8 de junio de 1940, cuando decidió jubilarse. Todo el pueblo le rodeó, en conmovedora despedida, con su aplauso, su ternura, su agradecimiento. Solemne consagración de los valores humanísticos de un hombre sencillo, humilde, bondadoso, que dedicó lo mejor de sí mismo a mitigar el dolor de sus semejantes.



Cuando en una jugada de lotería — ya en el tramo de su vida — "sacó la grande", recibió la noticia con flemática serenidad:

—¿Plata? ¿Para qué? Si el destino me ha premiado con una familia amorosa y unos nietos que valen más que todo el oro del mundo...

Emilio Carlos TACCONI

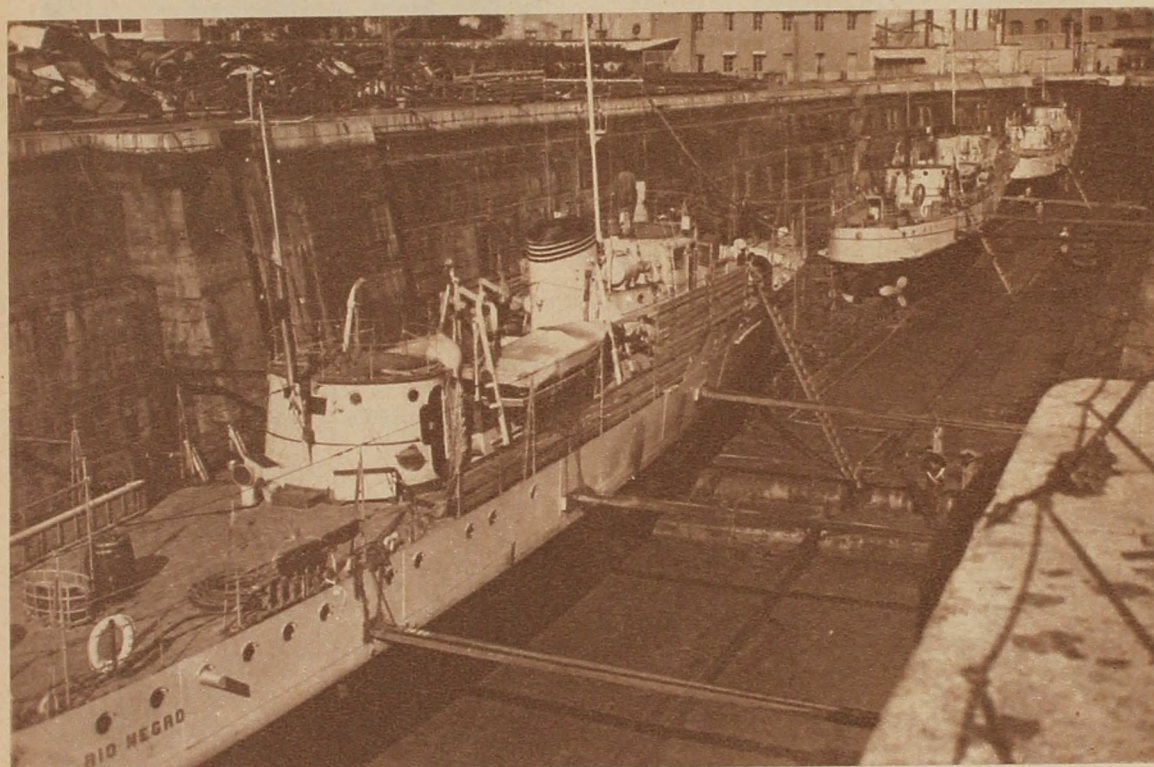
(Especial para EL DIA)

Vista parcial del homenaje que el pueblo de Peñarol rindió a Don Manuel González Rama el 8 de junio de 1940, en el Centro Artesano, cuando se acogió a los beneficios jubilatorios, luego de tres décadas de sacrificada labor asistencial



Uno de los "picnics" anuales (1912) con que los ferroviarios de Peñarol —costumbre inglesa— celebraban la entrada del verano. Don Manuel González Rama en primera fila, es el único de corbata de moña, clásica en su vestimenta

Del Adriático al Plata en tres "cachorros"



Los tres guardacostas, rumbo a Montevideo, entran al dique de carena de Palermo, Sicilia, para una inspección final



Oficiales de los guardacostas uruguayos en la avenida principal de Bona



Bizerta: tumbas en un cementerio musulmán

EN Palermo, la pintoresca capital de Sicilia en cuyo Hotel des Palmes falleciera solitario y sufriendo José Enrique Rodó, debían cumplirse las últimas pruebas para la recepción definitiva de los guardacostas. Para ello y carenar antes de emprender la travesía oceánica, las naves fueron puestas en seco en el dique de la firma constructora. La inspección y pruebas fueron satisfactorias y terminados los trabajos atracamos a muelle. Se hicieron las visitas prescriptas por el ceremonial marítimo, recibimos la de nuestro cónsul y sólo quedaba esperar el momento propicio para dar el gran salto: el regreso a la patria por la que todos suspirábamos.

Todo se había previsto; estudiada la derrota cuya primera etapa era Gibraltar; llenos estaban los depósitos de agua y combustible; la gamba con comestibles secos y las cámaras frigoríficas con los frescos. Hinchamos nuestro espíritu con las satisfacciones estéticas e intelectuales que nos ofrecían tantos testimonios de arte superior y de larga historia milenaria presentes en la ciudad y sus alrededores. Nada nos adelantaba indicios de las horas penosas que nos aguardaban. Un pequeño augurio de contrariedades se tuvo al emprender una breve excursión hacia el balneario de Mondello llevando como pasajeros a las autoridades oficiales de Sicilia, a los técnicos de la firma constructora y a nuestro Cónsul, a fin de que pudieran apreciar los méritos de las naves. A poco de abandonar la protección de las instalaciones portuarias e internarnos en el golfo, la marejada comenzó a sacudir con tal fuerza a los cascos, que viendo la molestia de nuestros huéspedes se resolvió el regreso.

A tal contrariedad se sumó la ruptura de eje de uno de los generadores del "Paysandú", lo que nos obligó a la espera de la pieza de recambio solicitada a Milán.

Palermo seguía ofreciéndonos motivos de compensación a la impaciencia de marchar.

Terminó noviembre de 1935; el 6 de diciembre llegó el repuesto y el personal trabajó febrilmente para poner la nave en condiciones de viaje.

El boletín meteorológico del sábado 7 anunció la persistente tendencia del viento a amainar; a las 10 de la mañana, el cielo estaba despejado mostrando su azul purísimo. Coincidiendo con tales hechos se produce un hecho anormal que pone de manifiesto la moral de la tripulación: una delegación se entrevista con el Comandante Nosei, jefe de la escuadrilla, y le manifiesta sus deseos de partir aunque para ello hubiera que redoblar esfuerzos y afrontar sinsabores. Expresan tener confianza en sus superiores y en las condiciones de las naves, por lo que descuentan el buen éxito de la empresa.

El comandante Nosei escucha aquella exposición emocionado; comprueba el temple de sus compatriotas y asegura que se partirá al menor síntoma de tiempo favorable, siendo su deber no exponer temerariamente los subidos intereses que están bajo su responsabilidad.

La oportunidad de iniciar la travesía se presenta al día siguiente; se transmiten las órdenes pertinentes y de acuerdo a ordenanzas zarpan el "Rio Negro" primero y el "Salto" después, esperando nuestro "Paysandú", buque insignia, fuera de puerto. Se fijan el rumbo y velocidad... y partimos!

Transcurridas poco más de dos horas y rebasada Punta Raisi comienzan a hacerse sentir los efectos del agitado mar; los ruidos son cada vez más fuertes; los ronciones de las olas golpean en los vidrios de la timonera alzada a varios metros de la proa; el oscilómetro marca escoras de 25° y 30°. El barómetro ha descendido por debajo del nivel medio normal y cuando se ha dejado atrás la protección de la costa siciliana, los informes meteorológicos anuncian la existencia de un centro de baja presión en la zona por la que estamos navegando, con vientos frescos del tercer cuadrante con tendencia a aumentar de intensidad, chubascos y mar agitada.

El pronóstico se cumple; los elementos desfavorables se agudizan; las pequeñas naves rolan y cabecean violentamente avanzando en metros. Al fin es necesario tomar una decisión heroica: es necesario volver al puerto de partida de donde no ha podido zarpar el paquete de la carrera Palermo-Nápoles de mucho mayor tonelaje que nuestros guardacostas.

Emprendemos el regreso con la moral decaída a la que sigue una resignación ante lo imposible. Cuando en el cambio de dirección el oleaje nos toma por el través, llega hasta la timonera el ruido de vidrios rotos. Una gran parte de la cristalería de a bordo y de la que algunos traíamos de obsequio es arrojada al mar, días más tarde, en una operación de limpieza.

Durante dos días persiste el mal tiempo; al fin,

a las 9hs.45 del 10 de diciembre zarpamos nuevamente.

Hacia mediodía estamos hacia la mitad del canal que separa a Sicilia del África Septentrional francesa; con las primeras horas de la tarde el tiempo comienza a cambiar descomponiéndose aceleradamente. El cielo se cubre de grandes nubarrones negros; el viento sopla cada vez más fuerte agitando las aguas; las olas deshechas en espuma llegan hasta más allá de la timonera. Se reduce la velocidad de navegación, pero ello hace más difícil el gobierno de las naves. Sostenerse en pie demanda un esfuerzo que fatiga. ¡Qué acierto ha sido defender los bajos flancos con una armazón de madera que embreta a hombres y a materiales! ¿Podremos continuar?

Durante el estudio de la derrota a seguir, se habían previsto puntos de recalada forzosa para previsible malos tiempos; se estaba ante tal situación. El punto de refugio más próximo era un fondeadero al SW. de la isla Galite, perteneciente a un grupo de emergencias volcánicas que distinguíamos por el través a unas 16 millas. Hacia aquellos picos pusimos proa y siendo difícil ya conservar la formación de fila, se dio libertad de maniobra. El "Salto" se nos adelantó y pudimos apreciar, al cruzarnos, cuál era la situación. En algunos balances alcanzamos a ver parte de la curva de la roda!

En la caleta señalada por el derrotero como buen fondeadero, dejamos caer las dos anclas de chicote a chicote. Acaso podríamos tener unas horas de reposo; estábamos molidos... Pero la esperanza se desvaneció a poco. Eran tan fuertes los cabeceos que las gruesas cadenas parecían iban a romperse. Un cambio de posición no trajo mejoras. Hubo que resignarse a echarse de nuevo a la mar con la esperanza de poder continuar la derrota hacia Gibraltar. A las 9 de la noche, en medio de una oscuridad impresionante y fuerte vendaval, se da la orden de zarpar. El agrupamiento de islotes ofrece una relativa calma, pero cuando a los 40 minutos de navegación se desemboca en el mar abierto, la furia de los elementos se abate nuevamente sobre los castigados barquitos. Las escoras son tan pronunciadas que las olas trepan por una banda y descargan por la otra, barriendo la cubierta. Es ya temeridad sin justificación pretender superar la situación; el Mediterráneo juega con los cascos. Se derriba 180 grados, dando la popa al viento. Al virar, el "Paysandú" es tomado de través por una ola que lo tumba con tanta inclinación que por un instante nos produce inquietud y suspenso alterando el ritmo de los corazones. Felizmente, con súbita reacción vuelvamos a su equilibrio y nosotros a la tranquilidad.

Pasada la medianoche, hiende la oscuridad del espacio un destello luminoso: es el faro de la punta Ras Engels que nos adelanta la esperanza de calma y reposo.

Un amanecer grisáceo, con el cielo cubierto de espesos nubarrones nos halla fondeados en la rada de Bizerta. Cuando sobreviene la luz plena, un avión de reconocimiento nos sobrevuela. Recordamos que el mundo está en tensión por la guerra de Italia y Abisinia. Días más tarde, cuando entramos en contacto con las autoridades de la poderosa base francesa, sabemos que se había informado sobre la presencia de tres naves griegas. La similitud de los colores y del diseño del pabellón explican la confusión del piloto francés más familiarizado con las banderas de su continente que con las de un país americano; el uruguayo, era la primera vez que flameaba en aquellas aguas.

Cuando el práctico nos llevó al muelle, nos dejamos caer vestidos en nuestros lechos.

Al hacer el balance de aquella primera singladura, dos hechos nos daban una profunda satisfacción: el comportamiento de las naves y el de las tripulaciones. Las pruebas de aquellas se hicieron con mar tranquilo y la navegación de Ancona a Palermo había sido plácida; la fugaz salida hacia Mondello fue demasiado breve para apreciar el comportamiento de las pequeñas unidades. Pero ahora, en esta primera singladura, el mar y el viento desatados habían sometido a duras pruebas y de ellas quedaban airosas. Podíamos tener fe en que los "cachorros" nos llevarían a la patria.

En cuanto a las tripulaciones, rindieron satisfactorio examen de capacidad y moral. Durante el tiempo que permanecieron en Ancona y debido a la falta de combustible, no fueron adiestrados como era imprescindible; no habían tenido ocasión de maniobrar y familiarizarse con las naves y sus instalaciones. Afrontaron con un mínimo de preparación aquella jornada dura que exigió pericia y fortaleza de ánimo, ofreciéndolas generosamente. No había dudas, pues: con aquellas tripulaciones llegaríamos al Uruguay donde un pueblo seguía anhelante el destino de decenas de sus hijos.



Cherchell.
ruinas
de termas
romanas



Palermo: las catacumbas

En los cálculos de la derrota, se había previsto cubrir la distancia Palermo-Gibraltar en unos tres días navegando a una velocidad de crucero de 14 nudos. Pero no se había contado con el ataque de un invierno precoz. Durante toda su travesía el Mediterráneo se mostró adverso, implacable. Frenaba nuestra marcha; nos obligaba a recaladas forzosas en puntos imprevistos. Casi en seguida de salir de Bizerta hubo que entrar al puerto de Bône; luego a Cherchell, después a Argel.

Cherchell estuvo a punto de resolverse en tragedia.

Empujados por un temporal aproamos el pequeño puerto pesquero del cual no había información detallada en cuarterones; sólo la imprecisión de las cartas generales. Era una noche oscura y ventosa. La espuma de las olas deshechas corría por la cubierta como embrujados copos de espuma. Cuando estuvimos a poca distancia de la costa, pudimos observar a gente reunida cerca del faro o dispersa a lo largo de la ribera, casi toda agitando los brazos. ¿Qué era aquello? ¿Un erróneo recibimiento? Cuando el reflector de a bordo llegó con su haz luminoso a la costa, comprendimos: estábamos navegando directamente hacia una antigua escollera semiderruida, casi sepultada por las aguas.

El "Paysandú" que como cabeza de flotilla iba adelante, paró en seco y se ordenó una marcha atrás forzada. Como caballo encabritado se revolvió en momentos en que el "Salto" que seguía nuestras aguas nos daba alcance. El destino nos protegió de una tragedia.

Tal fue el comportamiento del Mediterráneo en toda su travesía.

Salimos de Argel hacia Gibraltar dos días después del de los Inocentes. Y lo fuimos. Creímos poder llegar a Gibraltar pero otro desatado temporal no nos permitió mantener el rumbo fijado; nos fue alejando de la costa africana y acercándonos a la de Europa. Cuando las campanas de los templos eran echadas al vuelo y hendían el espacio coloridas luces

de bengala festejando la entrada del año nuevo —1936— entrábamos al puerto de Málaga, hambrientos y felices.

Apenas se nos permitió nos echamos a tierra a festejar la iniciación de un año nuevo y el fin de una pesadilla. A nadie podrá parecer insólito ni difícil tarea que los bullangueros malagueños que pululaban por calles y casas de diversión nos contagiaran su alegría y nos incorporaran a sus festejos. Las mesas de comida, con sus blancos manteles, nos deslumbraban. Después de la monotonía del corned beef frío como desayuno, almuerzo y cena, supimos de la delicia de las "tapas" de mariscos y los chatos de manzanilla. Quienes no han conocido necesidades no sabrán nunca del placer del hartazgo. ¡Qué eficiente ha sido el hombre creando el vino y el pan!

Cuando al día siguiente nuestro Comandante Nosei se hizo presente en la casa municipal para cumplir los deberes del ceremonial, el Alcalde le agradeció la cortesía de nuestra visita. No tuvo ánimos para confesarle que no habíamos ido sino que nos habían empujado...

La estadía en Gibraltar fue reparadora, física y anímicamente. Se nos invitó a visitar parte de las instalaciones militares del peñón y de noche nos mezclábamos con la abigarrada y heterogénea población procedente de todas las partes del mundo. Las mercaderías venidas de los más variados mercados —sobre todas las de Oriente— a aquel puerto franco, vaciaron nuestros ya escuálidos bolsillos. Pero queríamos homenajear a los seres queridos que ya estaban ahí... del otro lado del Atlántico. América y el Uruguay nos parecían cerca luego de tanto zangoloteo por aquel fermentado "mare nostrum".

Homero MARTINEZ MONTERO
(Especial para EL DIA)

(FOTOGRAFÍAS DEL AUTOR)

* Este trabajo ha sido realizado precisando nuestros recuerdos con apuntes del Jefe de la Escuadrilla, Capitán Nosei, gentilmente facilitados por su familia.



De casa: Mario Pío Balles, pintor



HACE años nos ocupamos de este artista de permanente inquietud plástica. Comentábamos entonces un cuadro con el que había figurado en el Segundo Salón de Arte Libre "Ramón Pereyra", con el que se recordaba a este pintor de color que falleció sin tiempo para alcanzar su total valer, y que ha dejado en el grupo de sus compañeros duraderas enseñanzas.

Decíamos entonces que el principal atributo de la pintura de Balles era la preocupación por el color, resintiéndose el dibujo, opinión que tenía antecedentes en la crítica, al comentar sus cuadros expuestos en 1955, con temas de paisajes y naturaleza muerta.

Balles, que ha seguido trabajando con dedicación —recientemente inauguró una nueva exposición de sus obras en el Salón del Club Municipal, que ya otras veces lo ha contado en sus expositores, hizo sus primeras armas con el pintor uruguayo Manuel Rosé, y en alguna oportunidad recibió indicaciones del escultor Edmundo Prati.

Ha pintado retratos: uno de Don José Batlle y Ordoñez, que fuera objeto de un obsequio personal al entonces Presidente boliviano, Dr. Víctor Paz Estensoro.

Han merecido juicio favorable, algunos temas de composición como "Prostitución", pintura anecdótica y "Candombe" de hondas sugerencias y bueno de color.

En el correr del tiempo ha recibido elogios serenos; ni complacientes, ni severos: justos; que el artista ha sabido recibir para mejorar su labor, que demuestra identidad a través del tiempo manteniendo siempre el intento de hacer obra buena y de llegar a hacerla cada vez mejor. Lo que más cuenta en su favor es el constante esfuerzo de superación, mérito de artista vocacional que desea, por encima de todo, captar la realidad de su ambiente, como un mensaje de contenido humano.

Además, se debe considerar el "valor del esfuerzo de difundir en sectores modestos del pueblo el amor por la pintura haciendo que su grupo la practique buscando valores que alternen con jerarquía en el plano del arte nacional".

W. E. L.

(Especial para EL DIA)

Tarzan

Por EDGAR RICE BURROUGHS®

EN LA TIERRA IGNOTA DE PAL-UL-DON, TARZAN QUEDÓ ATRAPADO DEBAJO DE UN GIGANTESCO PTEROSAURIO, QUE ERA ATACADO POR VARIOS TIGRES. BUDON FUE A DAR AYUDA A TARZAN...



En su barrio, para su comodidad, una agencia de Avisos Económicos de

EL DIA

● CIUDAD VIEJA: Rincón 529 — CENTRO: 18 de Julio y Yaguarón EL DIA; Río Branco 1212; Paysandú 1099 esq. Paraguay (Ag. Riso) — CORDON: 18 de Julio 2022 (Ag. Petraglia); Dante 2132 casi Joaquín Requena (Salón Stop) — PUNTA CARRETAS: Luis Franzini 810 esquina 21 de Setiembre — PARQUE RODO: Constituyente 2007 — POCITOS: Alejandro Chucarro 1183 casi Pereira; Juan Benito Blanco 827 bis; Francisco Muñoz 3081 entre Pagola y L. Pérez — RIVERA: Avda. Rivera 2621 — VILLA DOLORES: Avda. Rivera 3379 — TRES ESQUINAS: Comercio 1867 c. Avda. Italia (Salón Santa María) — BUCEO: Comercio 1443 (Libr. "San Dimas"; entre Rivera y Verdi) — NUEVO MALVIN: Hipólito Yrigoyen 1674 — MALVIN: Orinoco 5048 y Michigán; Almería 4602 y Yacó; Rivera 4501 esq. Corlombes (Salón Los Olímpicos) — UNION: Avda. 8 de Octubre 3565 (Librería Sur); Avda. 8 de Octubre 4022; Jaime Cibila 2387 — VILLA ESPAÑOLA: José

Serrato 3296 casi Centenario — CURVA DE MAROÑAS: Avda. 8 de Octubre 4683 esq. Piccioli — LA COMERCIAL: Avda. Gral. Garibaldi 2559 — GOES: Avda. Gral. Flores 2942 A; Avda. Gral. Flores 4169 casi José Serrato — CERRITO: Avda. San Martín 3491 — ITUZAINGO: Avda. Gral. Flores 4996 — AGUADA: Avda. D. Fernández Crespo 1906 (Salón Progreso); Avda. Agrañada 2014; Gral. Luna 1350 esq. Melo (Salón San Pancracio) — VILLA MUÑOZ: Domingo Aramburú 1751 (Salón Carlitos) — REDUCTO: Guadalupe 1490 — CERRO: Avda. Carlos Ma. Ramírez 1886 esq. Grecia — CAPURRO: Uruguayana 3150 — PASO MOLINO: Avda. Agrañada 4109 — PRADO: Cno. Castro 836 casi Millán — ATAHUALPA: Avda. Millán 3791 — BURGUES: Burgues 3325 casi L. A. de Herrera (Salón Guido) — SAYAGO: 28 de Febrero 1044 — COLON: Avda. Garzón 1934 — PARQUE BATLLE Y ORDONEZ: Avda. Italia 2791; Avda. Italia 3245 (Farmacia "San Marcos") Canelones

2312 bis (Salón Artigas) — OBELISCO: Duv. Terra 1539 — CARRASCO: Cno. Carrasco Km. 15; Arocena 1571 casi Rambla — PUNTA RIELES: Cno. Maldonado 6274 Km. 12 — PIEDRAS BLANCAS: J. Belloni 4316 (Salón Bonanza) — MILLAN: Avda. Millán 3141 bis esq. Huidobro — EN EL INTERIOR: CANELONES: Treinta y Tres esq. Rodó, Pza. 18 de Julio (Kiosco Isardi) — LOS CERRILLOS: Máximo Tajes s/n. — LAS PIEDRAS: Avda. Artigas y Lavalleja (Kiosco Luisito); Plaza Avda. Batlle y Ordoñez 21 (Bazar Jorgito) — MALDONADO: Florida 878 — PARQUE DEL PLATA: Calle 2 esq. H — SAN JOSE: Carretera Colonia. Kilóm. 52; Ruta 1 Kilóm. 31.600. Playa Pascual — LIBERTAD: Ed. Macció, 18 de Julio y 25 de Mayo — SALTO: Agencia Noticiosa EL DIA — PAY-SANDU: Agencia Noticiosa EL DIA — TACUAREMBO: Salón San Luis, 25 de Mayo 354. Tel. 2071.

cuando llega este momento...



crédito Soler presente!

Delantal para niña en Lavi-Listo o Lisatel talla 4 \$ 18.750.
aumenta \$ 750 por talla.

Guardapolvo en Lavi-Listo para niña o varón modelo derecho talla 4 \$ 16.500.
aumenta \$ 750 por talla.

Guardapolvo en Lavi-Listo o Lisatel, para varón, modelo cruzado talla 4 \$ 18.000.
aumenta \$ 750 por talla.

Zapato Incalflex acordeonado talla 34-38 \$ 13.350, 28-33 \$ 11.800, 24-27 \$ 10.750.

Delantal para jardín de infantes en polyester cuadrillé con manguitas y bolsita de merienda \$ 3.600.

Camisa para niñas o varones en polyester blanco o cielo, talla 34-38 \$ 18.000, talla 28-32 \$ 17.000.

Portafolio en cuero amplia capacidad con un bolsillo interior y cerradura de metal \$ 8.950.

Pantalón para varón en sarga acero-tel talla 6 \$ 19.900.
aumenta \$ 1.000 por talla.

Pollera en sarga de lana Ildu con dos tabloncitos adelante y dos atrás talla 6 \$ 18.100.
aumenta \$ 2.300 por talla.

Jumper en sarga de lana Ildu modelos para uniformes talla 6 \$ 29.500.
aumenta \$ 3.000 por talla.

Cardigans y buzos escote V para niñas o varones en todos los colores de uniformes talla 6 \$ 12.900.

aumenta \$ 1.300 por talla.
Medias sport "Calsa" en stretch morley con elástico cambiabile desde \$ 1.650.

Soler